



OBSERVATORIO LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO

Revista

**OBSERVATORIO LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO**

Instituto de Estudios de América Latina y el Caribe · IEALC

ISSN 1853-2713

<https://publicaciones.sociales.uba.ar/observatoriolatinoamericano/>

Volumen I · Número I (2017)

---

Escombros y caminos.

América Latina, la política de Estados Unidos y  
el conflicto con Cuba

Jorge Hernández Martínez

---

RECIBIDO: 20 de junio de 2017

APROBADO: 15 de agosto de 2017

## Escombros y caminos.

### América Latina, la política de Estados Unidos y el conflicto con Cuba

Jorge Hernández Martínez<sup>1</sup>  
CEHSEU - Universidad de La Habana  
jhernandster@gmail.com

#### Resumen

El artículo analiza, en sentido general, el cambiante contexto actual en América Latina, mirando la reconfiguración o transformación política en su relación con la dinámica de continuidad y cambio de la política de Estados Unidos hacia la región. El autor toma en cuenta que los análisis recientes están discutiendo si se trata del fin de un ciclo en América Latina y del comienzo de otro, asumiendo el actual enfoque de Estados Unidos hacia Cuba como una pieza importante en el reajuste de su estrategia latinoamericana. También focaliza el significado de la nueva fase del conflicto bilateral para Cuba y las relaciones interamericanas a partir de las recientes elecciones en la sociedad norteamericana.

**Palabras clave:** *reconfiguración, América Latina, Estados Unidos, Cuba*

#### Abstract

The article analyses in global terms the changing current context in Latin America looking to the political reconfiguration or transformation in their relationship with the dynamics of continuity and change in the U.S. policy toward the region. The author keeps in mind that the recent analysis are debating around the question of the end of a political cycle in Latin America and the beginning of a new one, and assuming the current U.S. approach toward Cuba as an important piece in the readjustment of their latinamerican strategy. He also focuses on the meaning of the new phase of the bilateral conflict for Cuba and the interamerican relations keeping in mind the recent elections in the American society.

**Keywords:** *reconfiguration, Latin America, United States, Cuba*

---

## Introducción

El año 2016 terminó con acontecimientos cuyas implicancias le imprimen una gran complejidad a la situación internacional, y en particular, a las relaciones interamericanas, cuya cabal ponderación sería aún hoy -transcurrida la primera mitad de 2017- precipitada, prematura e incompleta (Ayerbe, 2016).

Por un lado, está la victoria electoral republicana en los Estados Unidos, que convierte a Donald Trump en el Presidente de ese país, con toda la carga regresiva interna y exterior que implican su retórica de extrema derecha, de índole populista, nativista, racista, xenófoba, y misógina, acompañada de una proyección internacional imperial resumida en las consignas *America First* y *Make Great America Again*. Y aunque algunos juicios certeros, apoyados en la historia, consideran que resulta difícil calibrar las posibles

---

<sup>1</sup> Sociólogo y politólogo. Profesor Titular del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU), y Presidente de la Cátedra “Nuestra América” de la Universidad de La Habana.

acciones de Trump hacia América Latina como diferentes a la de sus antecesores, manteniéndole su condición de “patio trasero”, y estiman que su actuación será más en el plano interno de una sociedad estadounidense estancada que en el externo (Ugarteche, 2016 y Salinas, 2016), otros criterios no menos especializados afirman que la región estará fuertemente impactada por la nueva Administración (Morgenfeld, 2016).

Por otro lado, ocurrió la muerte de Fidel Castro, con el enorme impacto y simbolismo que lleva consigo su desaparición física para las luchas populares y las utopías revolucionarias. Sobre ello también se advierten valoraciones autorizadas diversas, que oscilan entre aquellas que auguran efectos desmovilizadores para los procesos que buscan alternativas emancipadoras y antiimperialistas frente al neoliberalismo (Malamud, 2016) y las que hacen suyo el legado del líder histórico de la Revolución Cubana, vaticinando un estímulo para los procesos de cambio -reformistas o revolucionarios-, ante las nuevas amenazas y oportunidades que ya enfrentan (Borón, 2016).

Como trasfondo, la dinámica política que tenía y sigue teniendo lugar en América Latina expresaba un cambio en el escenario que se configuró a finales del decenio de 1990. Entre los principales hechos que expresan la nueva configuración hemisférica, sobresale la intensa disputa entre la oposición y el gobierno revolucionario en Venezuela, luego de la victoria de la derecha en el Legislativo de ese país, el golpe parlamentario a Dilma Rousseff en Brasil, el triunfo electoral de Mauricio Macri en Argentina y el reacomodo en las relaciones Cuba-Estados Unidos. La especulación acompaña a la investigación de los procesos en curso. La interrogante común tiene que ver con la determinación de la significación o profundidad del cambio. ¿Es que llega a su fin el ciclo de auge de los procesos progresistas, revolucionarios, de izquierda, que inició la Revolución Bolivariana, y se abren paso, más allá de circunstancias efímeras, tendencias de derecha y de centro-derecha, que definirán la escena futura entre el corto, mediano y largo plazo? Más que una nueva coyuntura, pareciera que se configura una nueva etapa, con repercusiones específicas para la región.

Desde hace algo más de tres años, América Latina se estremece -y ello no es nuevo en su historia contemporánea- como sujeto, con factores endógenos, en interacción con los impactos externos que recibe de los cambios geopolíticos y geoeconómicos internacionales, sobre todo como objeto del proyecto de dominación de Estados Unidos. Así, dinámicas mundiales, cambios estructurales y procesos hemisféricos en los que la dominación imperialista desempeña un rol decisivo, impactan el nuevo mapa latinoamericano, cuya heterogeneidad propicia que el efecto de las tendencias globales sea diferenciado, variando de una subregión a otra o incluso de un país a otro, dependiendo de las características particulares de su economía, régimen político,

estructura social, fortaleza institucional o aún de la cohesión social frente a problemas como la desigualdad, la pobreza, la inseguridad o la corrupción, o de la importancia que le atribuya la estrategia estadounidense.

En un sentido más amplio, la arquitectura del sistema internacional se ha transformado sensiblemente a partir del derrumbe de los precios del petróleo y de los *commodities*, que han incidido en las economías emergentes y producido una desaceleración económica global, en medio de disímiles fenómenos, como la crisis en Europa, la relativa recuperación norteamericana, el dinamismo del área de Asia y el Pacífico, el ímpetu de China y Rusia, la amenaza del terrorismo islámico y la prolongada conflictividad en Medio Oriente, entre los principales, con el telón de fondo de la globalización en una era de revolución tecnológica e informática (Feinberg et al, 2015 y Serbin 2016). Un nuevo orden mundial parece a punto de emerger, pero nadie es capaz de predecir su nueva configuración, su perdurabilidad ni los fundamentos sobre los que se pueda basar. Al examinar tal situación, es inevitable recordar la perspectiva gramsciana, referida a desarrollos como los implicados: transiciones, crisis, cambios. Según Gramsci, se trataba de procesos históricos donde lo nuevo no acababa de nacer, lo viejo no terminaba de morir, y donde nacían los peores monstruos (Gramsci, 1999). Con similar mirada, Walter Benjamin, lo expresaba a través de la concepción de lo que denominaba como carácter destructivo, en tanto recurso explicativo de una relación dialéctica entre lo nuevo y lo viejo, concebida mediante la antinomia entre escombros y caminos. Para este autor, el carácter destructivo no ve nada duradero, y por eso mismo, ve caminos por todas partes, hace escombros de lo existente, y no por los escombros mismos, sino por el camino que pasa a través de ellos” (Benjamín, 1999).

Esa aproximación permite comprender el actual escenario en América Latina y en sentido más amplio, en las relaciones interamericanas, con una visión que considera los procesos en curso como inconclusos, en pleno despliegue o transición, compartiendo el criterio de que desde el punto de vista analítico, el futuro es un campo de batalla, y la disputa por el poder, los proyectos de nación y modelos económicos, la representa mejor la imagen de un forcejeo o pulseo que la de un cambio de ciclo. En términos ideológicos, gana espacio una visión que argumenta que en América Latina se está cerrando el ciclo progresista iniciado a fines del siglo XX, que puede propiciar desmovilización política y estimular intelectualmente una idea de determinismo histórico acompañado de un pensamiento derrotista (Zibechi, 2015).

Bajo ese lente, la notas que siguen asumen como hipótesis que: (i) durante la doble Administración Obama se habría articulado una perspectiva pragmática en la política norteamericana hacia la región en su conjunto, que comenzaría a reemplazar la retórica ideológica de años precedentes -como la encarnada en la doctrina Bush-, y que la etapa

que define hoy al conflicto entre Cuba y Estados Unidos marca un hito histórico no sólo en sus relaciones bilaterales, sino también en la reconfiguración hemisférica y en la estrategia estadounidense hacia la región; (ii) ante los pronunciamientos del nuevo Presidente norteamericano, Donald Trump, y atendiendo a los antecedentes y posturas de los funcionarios de gobierno nombrados, no queda claro aún si la política latinoamericana anunciada será mero discurso o se llevará a cabo, si implicará mayor cambio que continuidad; (iii) el proceso que se desarrolla en América Latina se ubica entre escombros y caminos, en un contexto de condiciones y oportunidades que lo han hecho posible, junto a obstáculos y factores que lo pueden dificultar, paralizar e incluso, revertir. En este sentido, no puede desconocerse el éxito o fracaso de las prácticas políticas y económicas internas que se llevan a cabo en países como los del área andino-amazónica, en los que se concentran los procesos más radicales (Venezuela, Bolivia, Ecuador), las transformaciones que impulsa en su momento presente el neoliberalismo, en realidades como las de México y Argentina, la marcha de los acuerdos de paz en Colombia, la sobrevivencia de la Revolución Bolivariana, la actualización del socialismo cubano, la dirección real del gobierno estadounidense. La conjugación de esos factores definirá, en buena medida, el contrapunto entre la izquierda y la derecha que se registra en América Latina, unido a las repercusiones del entorno global.

### **La reconfiguración en América Latina y la política de Estados Unidos**

La dinámica hemisférica se caracteriza, desde finales de la primera década del presente siglo, por crecientes contradicciones que se profundizan y extienden durante los primeros años del siguiente decenio, tanto en el Norte como en el Sur del continente. Se advierte una tendencia que conjuga elementos de crisis de diversos signos, reacomodos partidistas y gubernamentales, junto a rearticulaciones geopolíticas que expresan cambios en las correlaciones de fuerzas o rivalidades asociadas a las estructuras de poder. Se trata de contradicciones en pleno despliegue, de procesos en curso que propician transiciones hacia nuevas etapas, cuyos contextos de transforman y marcan puntos de inflexión en la historia reciente, colocando un antes y un después, donde el futuro aún no está totalmente definido.

En este marco, los cambios globales relacionados con tendencias económicas diferenciadas en Estados Unidos y en China, por ejemplo, afectan de distintas maneras a diferentes regiones de América Latina, en tanto los países miembros de la Unión Europea, sin perder su importancia, han sido desplazados a un segundo plano por esos dos países. La inserción internacional de América Latina se enfrenta, entonces, a intensos cambios en las pautas de distribución del poder y de la riqueza, asociadas con

un desplazamiento del centro de gravedad político y económico hacia el área Asia-Pacífico. A las tradicionales disparidades de desempeño económico y estructura social, se le han añadido otros factores de diferenciación relacionados con los modelos políticos, las estrategias de desarrollo, o las opciones de política exterior y de inserción internacional (Hernández Moreno, 2015). Esta heterogeneidad, particularmente visible en el ámbito de los procesos del nuevo regionalismo post-liberal o post-hegemónico, debe ser analizada asimismo en el marco de una serie de iniciativas globales promovidas por Estados Unidos y China, vinculadas con la firma y el impulso de mega-acuerdos actualmente en curso, en función de sus implicaciones geopolíticas a nivel global y de su impacto en la región, en tanto introducen un conjunto de fuerzas centrífugas que tienden a profundizar las fracturas regionales, más allá de la creciente relevancia de la región en el contexto internacional y de su participación en la gobernanza global a través de diversos mecanismos. En este sentido, pese a que para algunos actores y organismos internacionales América Latina aparece como la zona más promisoría del planeta, su situación actual refleja graves dificultades internas, tanto en términos de las heterogeneidades mencionadas como en función de su crecimiento en los próximos años y de su capacidad de participar en el sistema internacional con una posición unificada como región (Hershberg et al, 2014).

Los reveses y retrocesos palpables en las situaciones que enfrentan gobiernos progresistas, reformistas, de izquierda, acompañados de un articulado auge de fuerzas de derecha que se entrelaza con la renovada estrategia de dominación imperialista estadounidense, conforman una coyuntura crítica en diferentes países, en medio de las particularidades de cada escenario.

La relación histórica de Estados Unidos con América Latina y el Caribe ha estado signada por una suerte de patrón, que si bien no ha permanecido inmutable, se reitera como una pauta recurrente. El historiador y latinoamericanista estadounidense Lars Shoultz, afirma que tres consideraciones siempre han determinado la política norteamericana hacia América Latina: primero, la presión de la política doméstica; segundo, la promoción del bienestar económico; y tercero, la protección de la seguridad (Schoultz, 1999). Esta perspectiva describe y explica muy gráficamente la tendencia que aún prevalece hoy, a mediados de la segunda década del siglo XXI. Aunque se advierten etapas y momentos de cambios, lo cierto es que en líneas generales, los criterios aludidos siguen estando presentes, marcando la proyección de Estados Unidos hacia la región latinoamericana y caribeña hasta el presente.

En realidad, la política norteamericana no ha pasado de forma consecuente de los dichos a los hechos. Desde la Cumbre de 2009, en Trinidad-Tobago, el Presidente Obama manifestó la intención de proceder a un nuevo comienzo, a dejar atrás el pasado. Ello

hubiese supuesto la modificación del patrón referido, o sea, relativizar cuanto menos el lugar asignado a América Latina en la visión de la región desde el ámbito interno en Estados Unidos, despojándola del simbolismo que la ha acompañado hasta la fecha. A la vez, se hubiera requerido cambiar de modo esencial el estilo de enfocar los problemas de la seguridad. Obama habló de recuperar la influencia, fortalecer el liderazgo, recrear la confianza y la credibilidad en América Latina. No fue más que un discurso atractivo; el decurso de los hechos fue por otro camino. Apenas unos pocos meses después, Estados Unidos apadrinó desde la sombra el golpe de Estado con ropaje democrático en Honduras y apeló a la reactivación de un viejo tratado con Colombia, encaminado a dinamizar y ampliar sus bases militares allí.

La beligerancia contra Venezuela profundizó su ofensiva desestabilizadora; hacia Cuba se aumentaron los fondos para los proyectos subversivos. En la Cumbre siguiente, la de 2012, en Colombia, no se evidenció un cambio sustancial, y por ese camino se llegó al evento similar en Panamá 2015, teniendo como antesala la divulgación de la Estrategia de Seguridad Nacional de Estados Unidos un par de meses antes, en febrero, la cual contrastaba con la anterior, de 2010, en la que apenas se mencionaba a América Latina, con énfasis entonces en México, Brasil y Argentina. Ahora se identificaba a países como Cuba, Venezuela, y a Centroamérica como subregión, entre los focos de atención. Como colofón, se emitió una declaración previa a la Cumbre de 2015 acerca de la supuesta amenaza que constituía Venezuela para la seguridad nacional norteamericana. Estos elementos permiten afirmar -a reserva de que el futuro podría introducir otros hechos-, que, en rigor, no se advierte una voluntad seria de introducir cambios en el tratamiento que convencionalmente le han dado a los países de América Latina (Maira, 2008). En el despliegue de su estrategia geopolítica, Estados Unidos presta atención a los espacios en disputa -factuales o potenciales- sobre la base de los actores extrarregionales que procuran ganar posiciones en el hemisferio, como es el caso de China.

Aunque se aprecian síntomas o indicios de un reajuste en el proyecto de dominación estadounidense hacia América Latina, más visible en unos casos que en otros, sería prematuro emitir un juicio concluyente. Si Estados Unidos requiere hoy una mayor consecuencia o coherencia entre la retórica y el desempeño real de su política hacia la región, sobre la base de reducir los instrumentos de fuerza en sus relaciones bilaterales y subregionales, procurando “dejar atrás el pasado”, “olvidar el monroísmo”, de lo que se trataría es de llevarlo a vías de efecto, o sea, implementar acciones que sean palpables, y que a la vez trasladen una imagen en el plano simbólico de que se dan pasos en una dirección que se aparte de la pauta esbozada por Lars Shoultz, quién además ha señalado que “lo que no ha cambiado en casi 200 años de la política de Washington hacia América Latina no es el comportamiento de Estados Unidos, sino su motivación”

(Schoultz,1999: 7). Las bases de un cambio deben examinarse a partir de la propia dinámica estadounidense y latinoamericana.

Quizás convenga recordar el inicio de la década de 1970, a raíz del Informe de la Comisión Rockefeller, elaborado en 1969, o el transcurso de ese decenio, cuando en 1974 y 1976 se confeccionaron, respectivamente, los Informes I y II de la Comisión Linowitz, con diagnósticos y recomendaciones sobre la manera de reorientar la política latinoamericana de Estados Unidos. En aquellos casos, los ajustes respondieron a consideraciones realistas, que nutrieron tanto a gobiernos republicanos -los de Nixon y Ford-, como demócratas, en el caso de Carter. Los llamados a considerar la llamada “relación especial”, o las exhortaciones a establecer un “nuevo diálogo”, encontraron cierto eco, si bien el propio dinamismo latinoamericano propició e impactó las acciones en curso. Para lograr cambios efectivos hay que tener en cuenta no sólo los designios de los arquitectos de la política norteamericana, sino también el contexto interno en ese país, así como los procesos en América Latina (Borón, 2014). Ambas cuestiones adquieren una resignificación a la luz de la victoria de Donald Trump y el fallecimiento de Fidel Castro.

### **Los reajustes en el proyecto de dominación de Estados Unidos**

La prioridad actual en la política norteamericana por Asia-Pacífico -que no abandona, desde luego, pero relativiza la atención a Medio Oriente y Europa- se debe a las previsiones y expectativas sobre un mundo reconocido como “postoccidental” centrado en esa región y en particular liderado por China (Atlantic Council, 2012). Ello no significa que la importancia estratégica de los países de América Latina y el Caribe para el vecino del Norte haya desaparecido: la proximidad geográfica, la geopolítica y la geoeconómica siguen vigentes. Estados Unidos se mantiene como el mayor mercado e inversionista extranjero en la región -aunque el mapa por países ofrezca un cuadro heterogéneo. La naturaleza imperialista del sistema económico norteamericano hace que sus proyecciones e intereses regionales perduren, aunque con manifestaciones de declinación y distinta estructura en las relaciones por países obligan a modificaciones y ajustes en las políticas específicas, que serán perdurables, hasta tanto Estados Unidos siga siendo la principal potencia global y sobre todo regional.

El análisis de la política de Estados Unidos hacia la región debe considerar la ascendente significación dentro de su estrategia de los procesos mega-regionales, como la Alianza Transpacífica (TPP), que incluye a Canadá, México, Chile y Perú y la Alianza Transatlántica (TTIP), esta última con la Unión Europea. La TPP incorpora partes de la región -lo que es un dato fundamental para entender las prioridades de la estrategia

estadounidense en la región de América Latina- y las políticas específicas aplicadas para cada caso, países, subregiones y temas.

Desde la perspectiva de los intereses y el tipo de relaciones que sostienen los países latinoamericanos con Estados Unidos, existen variaciones en sus niveles de dependencia económica, programas de ayuda específicos, alianzas, cooperación para la seguridad y otros temas relevantes. Estados Unidos busca explotar esas diferencias, tratando de sacar provecho de la segmentación intrarregional y las distinciones y asimetrías específicas. De tal manera, el énfasis dentro de su estrategia general se ha venido colocando en los países con costas al Pacífico: en primerísimo lugar México, incorporado al Tratado de Libre Comercio de América del Norte (TLCAN) junto a Canadá desde 1994, con quien sostiene la mayor parte de sus relaciones económicas con la región, comparte una extensa frontera, tiene en su territorio una masa enorme de población de origen mexicano y muchos otros asuntos de gran importancia, desde el petróleo hasta el agua en la franja divisoria entre los dos países. Luego vienen los países de la región que negocian la Alianza Transpacífica (TPP), entre los que se encuentran el propio México, Perú y Chile. A ello habría que agregar el resto de los países que poseen acuerdos de libre comercio con Estados Unidos y sobre todo los asociados a la Alianza del Pacífico (Chile, Colombia, México y Perú), de la cual Estados Unidos no es miembro, pero participa como observador, en tanto posee tratados de libre comercio en los que participan 11 países de la región: México, Chile, Colombia, Costa Rica, República Dominicana, El Salvador, Guatemala, Honduras, Nicaragua, Panamá y Perú( Fernández Tabío, 2014).

El Caribe insular, por su proximidad y peso de las inversiones financieras dentro del Hemisferio Occidental, tiene significación estratégica concretada en programas de asistencia como la Iniciativa para la Seguridad de la Cuenca del Caribe. La política de Estados Unidos tiene definiciones específicas para Venezuela, Ecuador y Bolivia, países con gobiernos cuyas orientaciones políticas han sido más radicales y con gran relevancia regional, considerándose a la Revolución Bolivariana como clave en su estrategia de dominación. Asimismo, conlleva un tratamiento particular para el MERCOSUR y sobre todo Brasil y Argentina, dada su trascendencia regional y global.

En un contexto complicado, contradictorio y cambiante, no debe perderse de vista que las estructuras gubernamentales estadounidenses no conforman un actor racional unificado, ya que los criterios del Ejecutivo, el Legislativo y los grupos de presión que les rodean no son monolíticos. Sobre la región latinoamericana han existido y existen diversas ópticas. Cuando se mira a la primera y a la segunda Administración Obama, se advierten mucho más que diferencias de matices en las posturas de las figuras que han liderado la diplomacia, como Hillary Clinton o John Ferry, mientras que el papel del

vicepresidente, Joseph Biden, tuvo momentos de mayor o menor protagonismo. Por último, la política estadounidense hacia América Latina, como tendencia, ha oscilado entre el pragmatismo y el principismo ideológico (Lowenthal, 2010). Queda claro que la escena actual en la región -coincidiendo con el fin de la Administración Obama y la elección de Trump- es distinta a otros períodos. Habría que preguntarse hasta dónde será diferente la proyección de Estados Unidos en el corto y mediano plazo, y si el nuevo gobierno republicano será de uno o de dos mandatos.

Los ajustes observados en el discurso y la práctica política del gobierno de Estados Unidos para la región, hasta Obama, tienden a confirmar la continuidad de la política señalada por Schoultz, basada en la asimetría, la defensa de sus intereses económicos, de política interna y sus definiciones de seguridad nacional, pero adaptados a las nuevas circunstancias y ajustados a cada caso en correspondencia con la mayor independencia de la región.

### **Cuba en la política norteamericana y el contexto latinoamericano**

Después de las elecciones de medio término en 2014, el gobierno de Estados Unidos debía avanzar en la agenda de sus relaciones con Cuba antes de la Cumbre de las Américas del 2015. A Obama le era muy difícil llegar a ese evento en Panamá sin presentar algunos resultados favorables al mejoramiento de las relaciones con Cuba, y pretender desviar la atención hacia supuestos problemas internos de la Isla respecto de la democracia y los derechos humanos. Las relaciones con Cuba se habían convertido en un caso testigo de los “cambios” en la política de Estados Unidos anunciados no solamente para la Isla, sino para toda América Latina. La propia Cumbre estaba amenazada de ser boicoteada. Obama no podía asistir con una discordancia de tal magnitud, ni mucho menos no participar cuando ya había sido invitado el presidente cubano Raúl Castro. Sin duda, el inicio de las negociaciones oficiales al más alto nivel entre Estados Unidos y Cuba debe entenderse en ese contexto (Hernández Martínez, 2015).

La efectividad de la política estadounidense hacia Cuba estaba atascada en los obstáculos de leyes como la Torricelli, de 1992 y la Helms Burton, de 1996 y en la oposición de la derecha, fundamentalmente concentrada en el partido republicano dentro del Congreso. El asunto más importante entonces era “salvar” la Cumbre de las Américas, espacio donde ya se había estado expresando, en sus ediciones de 2009 y 2012, el apoyo de la región a la presencia cubana y el rechazo unánime a la política de bloqueo y aislamiento a Cuba por parte del gobierno norteamericano. La popularidad de Obama era muy baja con anterioridad a dar a conocer la disposición de negociar con Cuba:

enfrentaba numerosos desafíos en casi todas las esferas, internas y externas muy difíciles de abordar exitosamente. El “caso cubano” era su mejor opción de hacer algo significativo y favorable que pudiera contribuir a su legado antes de terminar el último período presidencial.

El acontecimiento beneficiaba las relaciones de Estados Unidos con América Latina en un contexto en que la posición de Cuba estaba muy fortalecida por su liderazgo en CELAC y sobre todo por los acuerdos firmados por todos los países de América Latina en la II Cumbre de la CELAC celebrada en La Habana a inicios del 2014. Allí se declaraba a la región como “zona de paz” y reconocía la no intervención en los asuntos internos de los países como uno de sus principios. Se aceptaba la unidad regional en la diversidad de sistemas económicos y políticos; con los países del ALBA se establecía una fuerte alianza y el Caribe confirmaba su respaldo a Cuba y reiteraba su rechazo unánime al bloqueo (recuérdese la reciente Cumbre CARICOM-Cuba). El reiterado respaldo en la Asamblea General de Naciones Unidas a la resolución contra el bloqueo se mantenía como constante. En la práctica, el argumento de la Cláusula Democrática para excluir a Cuba de esas cumbres dejaba aislado a los gobiernos de Estados Unidos y Canadá.

Diversos sectores económicos en Estados Unidos, como los exportadores agrícolas, habían venido expresando sus intereses en relaciones económicas y la necesidad de cambios en la política de bloqueo y aislamiento a Cuba. Las encuestas al interior de la sociedad norteamericana evidenciaban un respaldo creciente al restablecimiento de relaciones. En ese contexto, el reconocimiento del gobierno cubano por el de Estados Unidos aumentaba las posibilidades de mayores inversiones extranjeras y negocios, ante la perspectiva de que se produjera una apertura más amplia del mercado norteamericano para Cuba.

En tales términos, de haber avanzado el proceso iniciado con Obama hacia la normalización de las relaciones bilaterales, ello hubiera tenido implicancias directas para el entramado de las complejas y contradictorias relaciones interamericanas, y a la vez, para la interacción tanto de Cuba como de Estados Unidos con sus contrapartes en América Latina. La Isla había reforzado su proceso de plena reincorporación al espacio latinoamericano y era previsible -antes del giro que introduciría Trump- el desmantelamiento a mediano plazo de las sanciones económicas, comerciales y financieras mantenidas contra Cuba, lo cual ampliaría el margen de maniobra económica cubana en el marco de las transformaciones anunciadas por los dos Presidentes y de las que tienen lugar en la Isla como parte de la actualización de su modelo. Ello tendría, también, un efecto positivo colateral para las relaciones de Cuba con América Latina y el resto del mundo, en tanto se eliminarían posibles conflictos en los derivados de los efectos extraterritoriales que conllevan las sanciones

estadounidenses que todavía se mantienen contra Cuba, que en no pocos casos han obstaculizado las transacciones comerciales y financieras de entidades cubanas con empresas y bancos de terceros países.

A pesar de las medidas adoptadas por la Administración Obama para facilitar mayores relaciones económicas entre Cuba y Estados Unidos, persistieron dificultades como las siguientes, que se mantienen con el gobierno de Trump:

- Las empresas estatales cubanas (la parte dominante del tejido productivo y empresarial del país) no pueden exportar al mercado norteamericano; ni importar bienes y servicios desde Estados Unidos;
- Cuba no puede usar el dólar estadounidense en sus transacciones internacionales, lo que incrementa el costo de las transacciones comerciales y financieras del país;
- Cuba no puede mantener relaciones económicas con filiales de empresas norteamericanas en terceros países;
- Las empresas -con excepción de las de telecomunicaciones- y ciudadanos de Estados Unidos no pueden invertir en Cuba;
- Las sanciones norteamericanas mantienen sus implicaciones extra-territoriales, obstaculizando muchas transacciones entre agentes e instituciones cubanas con terceros países; y
- Toda transacción internacional de Cuba permanece bajo estricta vigilancia por parte de instituciones federales estadounidenses, unido al llamativo hecho de que la Administración Obama ha sido la que ha impuesto las mayores multas a bancos extranjeros por realizar operaciones “relacionadas” con Cuba.

No debe perderse de vista que desde el punto de vista interno, la sociedad cubana había comenzado sus transformaciones, en rigor, con anterioridad al 17 de diciembre de 2014, como resultado de la conciencia autocrítica que promovieron el VI Congreso y la I Conferencia Nacional del Partido Comunista, en abril de 2013, al aprobar Los Lineamientos para el Desarrollo Económico y Social del país, que tenían como eje la denominada actualización del modelo de socialismo a seguir. No obstante, ese proceso tenía lugar entre muchas dificultades objetivas y subjetivas, evidenciándose limitaciones tanto de tipo estructural e infraestructural, como institucionales e ideológicas, en el sentido de que los necesarios cambios en la mentalidad de la población no cristalizaban del modo deseado. Junto a ello, las expectativas y la incertidumbre que despertaban los reajustes, propiciaban desde entonces un clima que no consigue rearticular con profundidad y de forma extendida un consenso político en correspondencia con las exigencias de la nueva etapa. Conductas de individualismo, reclamos por una mayor

democratización, flujos de migrantes que en el extranjero buscan alternativas de futuro donde alcanzar sus proyectos personales, son parte del actual tejido social cubano. No obstante, no se advierte un proceso de confrontación con el poder revolucionario ni de rechazo sustantivo al liderazgo de la Revolución ni a la opción socialista, si bien es visible la ruptura de la unanimidad de otros años, y la estructura social está notablemente diversificada, signada por una creciente desigualdad. En el terreno cultural y académico es donde se aprecia con más fuerza el debate en torno a muchos aspectos del proceso de transformaciones. Las inquietudes se profundizan en el contexto del restablecimiento de las relaciones con Estados Unidos, identificado por seis décadas como el enemigo, sobre todo entre las generaciones de edad más avanzada.

En el hipotético escenario de que hubiera avanzado la política propiciada por Obama, y del restablecimiento de relaciones se transitase a una normalización entre los dos países, la Revolución Cubana se hubiera visto enfrentada a una convivencia para la cual muchos se preguntaron si se hallaba preparada desde el punto de vista político e ideológico. La Isla había mostrado su extraordinaria capacidad de resistencia ante la agresión y la enemistad sostenidas; en ese presunto caso se trataría de medir su capacidad de adaptación y reacción ante el diálogo y la cooperación. El creciente papel del mercado, la propiedad privada, la competencia, el turismo y los negocios estadounidenses, la autonomía ciudadana y de la sociedad civil frente al Estado, la influencia cultural, los reclamos por el multipartidismo serían tanto retos y amenazas como oportunidades para un proyecto de nación comprometida con el radicalismo revolucionario y la vocación socialista, en un período en el que el relevo del liderazgo histórico era inminente y en un entorno latinoamericano en disputa, en el que las alianzas de la Revolución Cubana podrían resquebrajarse, tambalearse y perderse.

El análisis de la evolución del conflicto bilateral -hasta conocerse los resultados de las elecciones de 2016, junto a los pronósticos mayoritarios que indicaban el triunfo de Hillary Clinton y la permanencia demócrata en la Casa Blanca-, sugería una continuidad de la política de Obama, aún y cuando las dos cámaras del Congreso permanecieran en manos republicanas. Y esa mirada prevaleció, aún al hacerse efectiva la toma de posesión de Trump como nuevo Presidente y manteniéndose el predominio del partido que representaba en el Senado y la Cámara, sobre la base de considerar que la Isla no se hallaba entre las prioridades que debía enfrentar el nuevo gobierno en la arena internacional. La Isla no competía con China, Rusia, ni con los conflictos en Medio Oriente. Y de otra parte, la política latinoamericana de Obama había sido exitosa para los intereses imperiales, incluyendo el manejo de la relación con Cuba. Desde este punto de vista, no parecía necesario a la Administración Trump cambiar la política en curso, al menos durante los primeros meses del primer año de su mandato.

Sin embargo, a tono con su impredecible conducta, Trump pronuncia el discurso referido a Cuba el 16 de junio, en el que da a conocer una directiva orientada a revertir en parte los cambios emprendidos en la relación bilateral por su predecesor en la Presidencia de Estados Unidos, destacándose su desconocimiento de la realidad histórica que ha rodeado al prolongado conflicto entre los dos países, su limitado sentido de la *realpolitik*, así como los extravíos de un lenguaje ofensivo que remite a los códigos de la Guerra Fría. Así, reitera la lógica perversa que ha sostenido la proyección imperial hacia la Isla, al malograr los intentos de suavizar la hostilidad tradicional, colocando el tema cubano más bajo el lente engañoso de las necesidades de la política interna norteamericana que de la política exterior. Esas miradas han establecido las bases conceptuales y prácticas de la perversión aludida. El Canciller cubano lo dejó claro en Viena, pocos días después del discurso de Trump, calificando su actuación en el escenario del dogmático exilio cubano de Miami como un intercambio de favores con sus líderes, los de ayer y los de hoy, y considerando que constituía un retroceso en el trayecto recorrido.

Lo planteado por Trump ha confirmado que la política norteamericana hacia Cuba responde más a una razón de Estado -a principios y objetivos permanentes, que son parte de su definición imperial, del proyecto de dominación histórico y fundacional que sostiene su política bilateral-, que a ponderaciones temporales de tal o cuál Administración de turno. Desde ese punto de vista, el alcance de las palabras de Trump puede ser relativo, toda vez que la política ante la cual reacciona -la adoptada por Obama-, no obedecía sólo a imperativos propios, sino justamente a una *raison d'Etat*, y en tal sentido, representa una línea de acción funcional al Imperio, cuya reversión, aunque posible, puede ser difícilmente viable y contraproducente a sus objetivos permanentes. De hecho, con pequeñas excepciones, la política diseñada por Obama ha seguido su curso, por lo que resulta válido preguntarse si Trump, siendo solamente un Presidente temporal, podrá paralizar o revertir ese camino. La mirada histórica revela que durante más de medio siglo, esa política pareciera definirse por mayor continuidad que cambio. Desde Eisenhower hasta Trump han existido mutaciones y reacomodos y ajustes. Pero giran en torno a un eje o patrón.

Las prerrogativas de que dispone un Presidente en un país como Estados Unidos son enormes, pero su materialización le trasciende, en tanto son expresiones de la razón de Estado, de ese gobierno perdurable, que están por encima de los de una Administración dada, en tanto gobierno temporal. Lo que suceda dejará claro si Trump es el Jefe de Estado o sólo el Presidente en esa nación.

## Las relaciones interamericanas entre escombros y caminos

El paisaje político-ideológico que se ha configurado en Estados Unidos confirma que en ese país las elecciones no están concebidas ni diseñadas para cambiar el sistema, sino para mantenerlo y reproducirlo. En las circunstancias actuales, ello tiene lugar en un cuadro contradictorio, plagado de tensiones económicas, políticas y sociales, que se expresa tanto en rivalidades inter como intra partidistas. El discurso de Trump y los pasos que ha dado en los primeros seis meses de ejercicio gubernamental expresan un endurecimiento de la política norteamericana que hasta cierto punto es coherente con la retórica derechista radical y populista que utilizó desde la campaña electoral, basada en intolerancia étnica, misoginia, machismo, homofobia y sentimientos antiinmigrantes, con un lenguaje patrioter que afirma defender a los “olvidados”, que promete restaurar el espíritu de la nación, fortaleciendo el rol mundial de Estados Unidos, a través de los lemas citados al inicio de este artículo: *America First* y *Make Great America Again*.

Las proyecciones de la actual Administración reflejan conflictos, incoherencias, insuficiencias y dificultades, evidenciando la carencia de un plan o proyecto estratégico general. Podría afirmarse, a la luz del período transcurrido, que la Administración Trump está en medio de una crisis político-ideológica. Sus principales propuestas legislativas han encontrado tropiezos. No ha logrado encontrar consenso ni siquiera dentro de su propio partido. No ha podido organizar con estabilidad su equipo de gobierno, sumido en escándalos y trances internos. Se ha enfrentado a la gran prensa, recibiendo sus ataques como nunca antes ocurriera con un Presidente en su primera etapa de mandato, y a la comunidad de inteligencia. Los cuestionamientos de que es objeto apuntan hacia la viabilidad de un eventual un juicio político, que puede conducir al *empeachment*, o sea, a su salida de la Casa Blanca. Su popularidad ha sido la más baja de la historia norteamericana en una etapa similar. Sus promesas grandilocuentes no han articulado un programa de gobierno realizable de cara al futuro, sobre todo si se considera la profundidad de la crisis que vive la sociedad norteamericana, la enorme polarización existente y el descrédito de las instituciones gubernamentales, frente a un partido demócrata cargado de frustración, desconcierto y amargura.

El tiempo dirá si será consecuente, más adelante, con sus pronunciamientos en temas como los relacionados con los programas sociales que promovió Obama en materia de salud y educación, la renegociación de tratados de libre comercio, la disminución del desempleo, la reducción de impuestos, la eventual reforma del sistema de justicia, la deportación de inmigrantes indocumentados, el muro en la frontera con México. ¿Necesitará o permitirá el sistema la viabilidad de medidas como esas? ¿Expresará la política y la retórica de Trump, de forma sostenida y efectiva, la solución que esperan

sectores de esa sociedad blanca, de su clase media y capas trabajadoras, afectadas por las crisis y las acciones de Obama? ¿O será todo, una vez más, un mero cambio de guardia en la Casa Blanca, que se traducirá en la prolongación de las insatisfacciones, el descontento, la movilización desde la derecha o un centro-liberal o con matices algo más a la izquierda del espectro político-ideológico estadounidense, de cara al proceso electoral de 2020?. Sería muy prematuro pretender ahora contar con las respuestas a esas y otras interrogantes. Sin embargo, es posible exponer reflexiones como las que siguen, a fin de adelantar algunas interpretaciones.

Según se ha señalado, vale la pena reiterar que Estados Unidos cuenta con una suerte de gobierno permanente, que expresa la razón de Estado y trasciende a los gobiernos pasajeros, de manera que a pesar de la personalidad de cada Presidente, de su afiliación partidista y de su voluntad, quién ocupe la Casa Blanca tendrá que concertar acciones y agendas con los intereses de las cúpulas y grupos de poder, que no necesariamente coinciden con las estructuras formales del sistema de gobierno. En ese sentido, suelen prevalecer los llamados intereses nacionales y los imperativos de la seguridad nacional. Ello se evidencia con fuerza en la política seguida hacia América Latina, incluida Cuba (Nahón, 2016).

En conjunto, para el caso de la Isla, el restablecimiento de las relaciones diplomáticas y algunas medidas de reducción de las sanciones, por limitadas que sean -por encima del retroceso propiciado por Trump-, tienen un signo positivo en el plano de las relaciones internacionales, tanto para Estados Unidos como para Cuba, sin desconocer las diferencias de tamaño y las asimetrías de poder existentes (Ayerbe, 2011 y Fernández Tabío, 2015). Desde su perspectiva, Estados Unidos -con el objetivo de lograr el cambio de régimen, bien con el enfoque de Obama, bien con el de Trump- puede maximizar la capacidad de influencia sobre los cambios que están teniendo lugar en Cuba mediante los llamados instrumentos del *smart power* --incremento de los viajes, las comunicaciones y algunos aumentos en transacciones económicas--, reduciendo los conflictos en el plano oficial bilateral, con favorables consecuencias colaterales en sus relaciones regionales. Ello abre la posibilidad de avanzar negociaciones en esferas de valor estratégico para Estados Unidos, que ya habían sido propuestas por Cuba, como el narcotráfico, el terrorismo, defensa ante catástrofes naturales y enfermedades, como el ébola. Las declaraciones aludidas de Trump del 16 de junio de 2017 parecen constituir una corriente contraria a lo expuesto, pero habrá que esperar para discernir entre retórica y realidad.

Desde 2009, Estados Unidos había comenzado a reconstruir su imagen frente a los países latinoamericanos, como parte del reajuste en el proyecto de dominación, entre logros y reveses. Orquestó desde la sombra el golpe de Estado a Honduras, pero

estrenando el nuevo ropaje de apariencia “democrática”. Luego de un largo período de distanciamiento y de letargo geopolítico, abrió las puertas para introducir con lenguaje renovado algunos de sus temas prioritarios en la agenda hemisférica, incluyendo la consolidación de la democracia y de los derechos humanos, con el fin de recuperar su presencia a nivel hemisférico al abrirse a un diálogo más amplio con Cuba; entretanto, el gobierno cubano afianza su proceso de plena re inserción en la comunidad latinoamericana y caribeña iniciado en la década de 1990 con la incorporación a la ALADI, que culmina con su presidencia de la CELAC, y amplía el espectro de sus alianzas internacionales en la difícil etapa por la que deberán atravesar las reformas económicas que se impulsan desde el anterior Congreso del Partido, y que se retoman con el más reciente, efectuado en abril de 2016.

Para Cuba, la reducción de las tensiones con Estados Unidos, propiciadas con Obama, ha mejorado indirectamente el clima político interno al favorecer el proceso de actualización del sistema socioeconómico cubano según sus propias determinaciones, y pudiera beneficiar el debate de la sociedad cubana en todas las esferas para continuar el perfeccionamiento de su sistema socialista. Sobre esa base, ello debería conllevar provechos económicos, mayor cantidad de visitas, remesas, reducción de algunos precios, ventajas en las transferencias financieras, disminución de costos de transacción. Aunque el bloqueo perdurase todavía por algunos años, ya está, de hecho, comenzando a ser erosionado. Los resquicios que se advierten, sin embargo, no se pueden convertir en el corto plazo en grietas que lo resquebrajen decisivamente o lo quiebren en condiciones como las impuestas por Trump.

Existe para la sociedad cubana y su sistema socioeconómico el reto de enfrentar el conflicto de mayor intensidad y dinamismo en otro teatro de operaciones. Antes, ambos países se enfrentaban en un *ring* de boxeo; ahora lo hacen frente a un tablero de ajedrez. Debido al aumento de las relaciones con Estados Unidos en el plano de la comunicación, los viajes, la batalla de ideas y los valores que definen la identidad de Cuba, sus objetivos como nación, principios de independencia, soberanía y autodeterminación, cultura, se enfrentan con mayor sutileza a las visiones de la que es portadora la sociedad estadounidense y pretenden subordinar a Cuba, y sobre todo a sus proyecciones imperialistas. En este terreno debe distinguirse entre las políticas e instrumentos deliberadamente diseñados y dirigidos para modificar a la sociedad cubana (o producir el denominado cambio de régimen), de la influencia normal derivada de las relaciones entre pueblos y sus organizaciones e instituciones. Más allá de las posiciones adoptadas por Trump hasta ahora, el nivel de contacto, comunicación o interacción entre los dos países responde a una lógica propia, facilitada por las nuevas tecnologías de la

información, las redes sociales y los canales diplomáticos, culturales y de otro tipo existentes.

La incertidumbre que introduce la llegada de Trump enrarece cualquier análisis, aunque es difícil imaginar que la totalidad de las medidas tomadas con Obama, si bien sujetas a factores que entorpecen, dilatan y hasta revierten ciertos avances, se eliminen y concluyan con una nueva ruptura de relaciones diplomáticas. Es previsible, por otra parte, que la situación económica y política interna de Cuba, unidas a su respaldo en el entorno regional e internacional, pueda colocarla en mejores condiciones para la interlocución con los gobiernos norteamericanos, sea el de Trump durante el desempeño de su único o de su primer mandato, o el de otro Presidente, republicano o demócrata. Hay factores favorables y desfavorables. Por un lado, la llamada actualización del modelo económico cubano muestra logros discretos, en tanto el considerable apoyo que brindaba Venezuela a la Isla se ha resentido. Algunas de las decisiones tomadas junto a otras anunciadas por el gobierno de Cuba tienen la capacidad de alentar una suerte de espiral en su comercio exterior.

En resumen, como trasfondo, y obviando con un acto de abstracción el rumbo o destino de la Administración Trump, la política de Estados Unidos hacia Cuba ha tomado en consideración, como se ha argumentado, diversos aspectos: (a) la actual coyuntura de la realidad cubana, definida el proceso de reforma económica, que lleva consigo transformaciones en la estructura social, al profundizar diferenciaciones en propiedades, ingresos y niveles de vida, crear nuevas expectativas e intereses, y ampliar espacios de participación popular, así como por la rearticulación del consenso ideológico en torno a la unidad nacional y las alternativas del futuro, junto a la proximidad del relevo generacional en el liderazgo político al máximo nivel, condicionado recientemente por el impacto de la muerte de Fidel Castro, aunque era algo esperado más tarde o más temprano; (b) el contexto doméstico en Estados Unidos y (c) las tendencias en curso en América Latina y los efectos del reacomodo geopolítico y geoeconómico global en el hemisferio, junto a las disputas entre gobiernos y oposiciones, entre movimientos sociales y fuerzas políticas de izquierda y de derecha en no pocos países, con relevancia continental.

En el actual contexto de reconfiguración hemisférica, la relación de Estados Unidos con Cuba mantiene el valor agregado que adquirió con Obama como pieza funcional en el ejercicio de su política latinoamericana, en el esfuerzo por superar la crisis del proyecto de dominación vigente, poniendo éste a tono o en sintonía con la nueva dinámica hemisférica (Hernández Martínez, 2016). La esperada “normalización” o la nueva convivencia con Cuba será un indicador de la nueva era de relaciones de Estados Unidos con América Latina, cuya evolución, entre escombros y caminos, proyecta siluetas

difusas. La interrogante que surge entre académicos, políticos y movimientos sociales en América Latina se podría resumir como sigue: ¿Mantendrá Cuba en ese escenario el carácter socialista de su Revolución o los cambios en curso y los que están por venir implicarán una desnaturalización de lo que ha simbolizado como opción ante las pretensiones de dominación continental del imperialismo norteamericano?

El conflicto Cuba-Estados Unidos se encuentra en plena transición: de su prolongada e intensa etapa de confrontación hacia otra, de cooperación e intercambio. En ese trayecto, sin embargo, la tendencia hacia el avance no está exenta, como ya se ha visto, con Trump, de posible estancamiento o incluso, de retroceso. Se trata de un proceso dinámico, determinado por el desarrollo e interrelación que tenga lugar entre lo que suceda al interior de Cuba, de Estados Unidos, o en el entorno hemisférico e internacional. El contexto es incierto, y las posibilidades de retornar a un antagonismo troquelado en torno al estilo de la Guerra Fría y de la Administración Reagan aparecen, entre escombros y caminos, en las relaciones interamericanas.

## Referencias bibliográficas

- Arkonada, K. (2015). “¿Fin del ciclo progresista o reflujó del cambio de época en América Latina? Siete tesis para el debate”. *Rebelión*. Recuperado de <http://www.rebellion.org/noticia.php?id=203029>
- Atlantic Council (2012). *Envisioning 2030: US Strategy for a Post Western World*. Washington DC.
- Ayerbe, L. F. (2011). *Cuba, Estados Unidos y América Latina ante los desafíos hemisféricos*. Barcelona: Icaria Editorial.
- Ayerbe, L. F. (2016). “Estados Unidos y América Latina: Balance de la administración Obama y perspectivas con la elección de Donald Trump”. *Dossier Especial sobre Elecciones USA*. Recuperado de <http://www.sociología-alas.org>.
- Benjamín, W. (1999). *Discursos interrumpidos I*. Madrid: Taurus Ediciones.
- Boron, A. (2014). *América Latina en la geopolítica imperial*. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- Boron, A. (2016). “Fidel, su legado”. Recuperado de <http://www.cubadebate.cu/opinion/2016/11726/fidel-su-legado/>.
- Feinberg, R., Miller, E. y Trinkuna, H. (2015). “Better than you think. Reframing Inter-American Relations”. *Policy Brief*. Washington D.C.: The Brookings Institution.
- Fernández Tabío, L. R. (2014). “La Alianza Transpacífico en la estrategia de Estados Unidos hacia América Latina y el Caribe”. En *Anuario de la Integración Regional en América Latina y el Caribe*, No. 10, Buenos Aires: Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales, pp. 317-342.
- Fernández Tabío, L. R. (2015). “Estados Unidos-Cuba y el 17 de diciembre: ¿nueva etapa en sus relaciones bilaterales?”. En *Huellas de Estados Unidos. Estudios, perspectivas y debates desde América Latina*, Buenos Aires: UBA. Recuperado de <http://www.huellasdeeu.com/>.
- Gramsci, A. (1999). *Cuadernos de la cárcel*. Tomo II. México: Ediciones Era.
- Hernández Martínez, J. (2015). “El conflicto Cuba-Estados Unidos y la dinámica hemisférica: más allá de la coyuntura”. *Cuadernos Americanos*, octubre-diciembre, pp. 159-182.
- Hernández Martínez, J. (2016). “La política latinoamericana de Estados Unidos y la nueva convivencia con Cuba: el conflicto en su laberinto”. En *Fin de ciclo y reconfiguración regional? América Latina y las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, Anuario de la Integración Regional en América Latina y el Caribe*, 2016. Buenos Aires: Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales (CRIES).

- Hernández Moreno, J. (2015). *La inserción internacional de América Latina y el Caribe. Dificultades para la sostenibilidad del crecimiento económico*. Madrid: Instituto de Estudios Estratégicos.
- Hershberg, E., Serbin, A. y Vigevani, T. (2014). “La nueva dinámica hemisférica: potencialidades y desafíos”. *Pensamiento Propio*, 39, enero-junio.
- Lowenthal, A. (2010). “Estados Unidos y América Latina, 1960-2010: de la pretensión hegemónica a las relaciones diversas y complejas”. *Foro Internacional*, 201-202 (3-4), México.
- Malamud, C. (2016). “Fidel Castro en perspectiva latinoamericana”. *El País*. Recuperado de [elpais.com/elpais/2016/11/26/opinion/71480160158\\_422415.html](http://elpais.com/elpais/2016/11/26/opinion/71480160158_422415.html).
- Maira, L. (2008). “El próximo gobierno estadounidense y la ‘América Latina del Sur’”. *Foreign Affairs Latinoamérica*, 4 (8), México: ITAM.
- Morgenfeld, L. (2016). “Los desafíos de América Latina tras el terremoto Trump”. *Trump y América Latina*. Recuperado de <https://vecinosenconflicto.blogspot.com/2016/11/trump-y-am.html>.
- Nahón, C. (2016). “El triunfo de Donald Trump: paradojas y peligros de los tiempos que corren. Significados para América Latina”. *Trump y América Latina*. Recuperado de <https://vecinosenconflicto.blogspot.com/2016/11/trump-y-am.html>.
- Salinas, D. (2016). “América Latina y el Caribe ante el futuro gobierno estadounidense”. *Trump y América Latina*. Recuperado de <https://vecinosenconflicto.blogspot.com/2016/11/trump-y-am.html>.
- Serbin, A. (2016). *¿Fin de ciclo y reconfiguración regional? América Latina y las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos*. Buenos Aires: Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales (CRIES).
- Schoultz, L. (1999). *Beneath the United States*. Boston: Harvard University Press.
- Reid, M. (2015). “Obama and Latin America: A Promising Day in the Neighborhood”. *Foreign Affairs*, 94 (5).
- Ugarteche, O. (2016). “Trump en América Latina. Sin grandes cambios”. *Trump y América Latina*. Recuperado de <https://vecinosenconflicto.blogspot.com/2016/11/trump-y-am.html>.
- Zibechi, R. (2015). “Se acelera el fin del ciclo progresista”. *La Jornada*, México. Recuperado de <http://www.jornada.unam.mx/2015/10/30/opinion/021a1pol>.